

Nuestros grandes olvidados

Por Luis Merino Reyes

RUBEN AZOCAR

Rubén Azócar fue un escritor nacional de valía, un poco olvidado en los modernos días, autor de una novela de la cual no se puede prescindir en el estudio de la prosa chilena: *Gente en la Isla*; habitante en sus últimos días de una casona con fisonomía parroquial, con huerta mastines y jaulas de pájaros, ubicada en los que fueron antiguos latifundios santiaguinos. Si íbamos por una calle de Santiago, nos encontrábamos de improviso con el novelista Rubén Azócar que podía saludarnos con una sonrisa apenas esbozada o con terquedad, según fuera la impresión que tenía de nuestra conducta. El podía acudir a una librería a comprar sobres a fin de enviar saludos fraternales a los más famosos escritores de América, con quienes mantenía correspondencia; pero Azócar era escritor sencillo, de una modestia que encauzaba con el carácter chileno clásico, una modestia en la cual no había nada de ese histrionismo, de esa humildad teatral que se delata cuando alguien eminente se nos aproxima con brusca llaneza y en seguida se hace eco de nuestro asombro por esta virtud.

Hijo entre muchos hijos de un maestro de Concepción que no pudo o no quiso enseñar las primeras letras a otro escritor sorprendente, Juan Sánchez Guerrero, porque de niño ostentaba una verruga en la cara, Azócar se educó en el Seminario de la capital del sur. Algunos de sus compañeros de la misma edad de Azócar, con quienes él se tuteaba y jugaba fútbol en la mocedad, llegaron a ser obispos, pero Rubén era un luchador de Izquierda y aunque parecía ser en el fondo un cristiano integral, militaba entre los fieles devotos del marxismo. Pero lo que más nos interesa señalar es

que Rubén no era un literato en el sentido temible que nosotros damos a esa palabra. Su escritorio se encontraba tan desordenado como la buhardilla de un vagabundo y un visitante observador que no supiera cuánto representaba en nuestra literatura Rubén Azócar, habría pensado que el dueño de ese escritorio donde nadie, al parecer, escribía, era alguien muy importante, al mirar su efigie pintada por Ortiz de Zárate y otros vigorosos pintores nacionales. Un problema que se presentaba a los fieles amigos de Azócar y a los carteros que le llevaban correspondencia de diversas partes del mundo, eran sus mastines. Los perros de Azócar, finos, esbeltos, pastores de raza alemana, tenían unas fauces feroces de cancerberos de castillo y no era fácil infundirles confianza.

La personalidad de Rubén Azócar se agrandaba en el extranjero, como si se liberara de cierto refinamiento insular que aquí, entre nosotros, ocultaba su sagacidad, su desbordada bondad interior. Recuerdo que cuando viajamos a Mendoza, allá por el año 1958, a un Congreso de Escritores Argentinos, Azócar llevaba entre sus bártulos una garrafa con agua oxigenada, según decía él muy en secreto, que no era otra cosa que aguardiente, del mejor producido en Chile, allá por las bellas tierras del Norte Verde. Pero aquella garrafa de aguardiente, oxigenada por los aires limpios de la cordillera, habría de ser bebida en un grupo fraternal de escritores chilenos, argentinos, uruguayos. En otro caso, la libación habría carecido de significado, estaría desprovista de ese hálito generoso de fraternidad tan imperativo en muchos asuntos nacionales. Rubén Azócar se encargó de hacer correr la voz de la invitación muy en secreto y en la noche se había congregado un grupo no muy vas-

